

no corre con hora márcada.
— Corriente (contestó el ricaño):
vas á comer de una zámpada
para el dia de hoy por cómpeto,
y cosas luego sin párada.

— La mitad sobra de séguro,
(dijo el ruin para su cámara):
ni un avestrúz que se púsiera
tanto en el buche se encájara.

— Vamos (gritó): pronto, próntito;
corta la sopa y la ensálada,
y á Pedro sírvele en séguida
la olla y de cenar, Baltásara.

Dánselo y trágalo tódito,
Y dice despues de lá-cena:
«yo en cenando no doy púntada,
buenas noches: vóyme á lá-cama.»

La salida del sastrécito
fué una solemne tunántada;
mas de burlas á misérables
ni un místico se escandaliza.

JUAN JOSÉ HERRANZ.

LA GUITARRA.

RECUERDO DE LAS INUNDACIONES DE
MURCIA.

Entre las ondas revueltas
de las cenagosas aguas

por el Regaton abajo
vá flotando una guitarra.

Tal vez del ajuar completo
solamente alla se salva
con sus cuerdas, sus clavijas
y su lazo verde y grana.

Barquichuelo improvisado
ella avanza y tanto avanza,
que parece que vá huyendo
de la afligida comarca.

Si es tan sólo compañera
de los que dichosos cantan,
bien hace en salir del valle
que vá á ser valle de lágrimas.

Cuántos pensamientos tristes
ha despertado en mi alma,
con sus silenciosas cuerdas
esa habladora guitarra!

¡Habré acaso conocido
á la moza enamorada,
que tegió en prenda de amores
aquel lazo verde y grana!

¡Quizas, al son de esas cuerdas
que van huyendo calladas,
ví bailar con aire alegre
á hortelanos y hortelanas!

¡Tal vez llegó á mis oidos
el eco de sus parrandas,
en el monte donde anida

la Virgen de la Fuensanta!

—
¡Ay! ; guitarra fugitiva!
¿Dónde está aquella barraca
y el muro aquel, y aquel clavo
en donde tu descansabas?

¿Que ha sido de las parejas
de hortelanos y hortelanas
que con tus sonos alegres
llenos de vida bailaban?

¿No sabes cuál fué la suerte
de aquella pobre muchacha
que te puso el lazo, emblema
del amor y la esperanza?

¿Ignoras tú si la muerte
dejó por siempre crispadas
las manos que en tí tocaron
la postrera serenata?

Si te has encontrado sola,
si de nadie sabes nada,
si han perecido las gentes
cuya existencia alegrabas.

Sigue tu curso ligero;
sal pronto de la comarca
que ha de ser por muchos años
un triste valle de lágrimas.

—
La guitarra ya no huye,
la ha detenido una rama

de un árbol que lucha firme
con la inundacion que pasa.

Allí ha quedado prendida
por el lazo verde y grana.
¡Bendito árbol que retiene
en elle valle la guitarra!

A los sonos de sus cuerdas
se cantarán las hazañas
de los héroes cuyos nombres
son gloria de la comarca

Y se enlazará á sus ecos
la caridad tierna y santa
del mundo, que contemplando
la catástrofe murciana,
cavó sepultura al muerto,
reconstruyó la barraca,
amparó al huérfano pobre
y dió cáuces á sus aguas.

—
JUAN MARTINEZ VILLER GAS.

—
SATIRA CONTRA

LOS ESTAFADORES

Pues voy tus cuentas á ajustar despacio
empieza, sin mirar las musarañas,
tu exámen de conciencia, Bonifacio;
porque conozco bien tus malas mañas;

estoy de tus ardidés prevenido,
y no me has de ofuscar con tus patrañas.

Eres un trapalón, siempre lo has sido,
llenar quieres la panza á costa ajena;
eres lo que llamamos un perdido.

La más infame acción ha sido buena
para tí, si á llenar era bastante...
de vinos y jamones tu alacena.

Con tal de parecer hombre importante,
supliendo alguna vez lo que en tu pecho
falta de corazón, con un diamante,

te han visto tributar culto al cohecho.
y sin que el miedo ó el rubor te venza
después de tantas farsas como has hecho,
nuevamente tu ingenio á hácer comienza
cosas... dignas de tí si repara
que son dignas de un hombre sin vergüenza,

Así, por corregirte ; empresa rara!
de tu senda mostrando los escollos,
consejos voy á darte cara á cara,
que no te han de saber por cierto á bollos,
más ya ha llegado, Bonifacio, el día
de sacudir de un tajo tus embrollos.

Cansado estoy de ver, por vida mía,
que mientras un honrado ciudadano
no queriendo imitar tu villanía,
teniendo buen deseo y juicio sano
y trabajando él triste noche y día
ganar para vivir pretende en vano;
haya gente que gaste á troche y moche;
gaban ó frac cada domingo estrene;

lleve ricas sortijas, ande en coche,
de vino de Jerez la tripa llene,
y aturda con dinero á los que saben...
que no pueden saber de donde viene.

Difícil me parece que se acaben
estos y otros abusos que no ignoras,
mientras haya bribones que se alaben
como tú, Bonifacio, á todas horas
te alabas de encontrar sobre la tierra
más oro del que dices que atesoras.

No es luciendo en las artes ó en la guerra,
ni riendo á las letras homenage,
ni amando la virtud que el orbe encierra,
cual un hombre cual tú saca el bagage
para llegar un día á ese boato
de que te jactas con ardor salvaje.

Incapaz ni un momento de buen trato;
sin más discernimiento que una trucha,
ni más educación que un ballenato;
tienes alguna gracia, aunque no mucha,
y tienes atractivo sobre todo,
pues dejas sin camisa al que te escucha.

¿No hallaré yo de corregirte modo?
Si la vil tentación de tí no alejo,
te he de poner Garduña por apodo.

Atiende, pues, infame, mi consejo,
ó si quieres seguir trampa adelante
mira tu porvenir en este espejo :

Conocía yo á un jóven rozagante
que paseos y calles frecuentaba
con bota de charol y blanco guante;

á todos su riqueza deslumbraba;
pues por bien que se encuentre; Bonifacio,
nunca has tenido tú lo que él tiraba.

Por un vaso de agraz daba un topacio,
disfrutaba en su casa tratamiento
y alojado vivía en un palacio.

Nadie explicar podía ese portento,
porque nadie el origen conocía
de jóven tan bizarro y opulento.

¿De dónde su riqueza provenía!

¿De una ducal herencia?... Se ignoraba.

¿De alguna profesion?... No se sabía.

Mas sin duda la suerte se cansaba
de proteger al hombre que imponente
de uniforme la corte frecuentaba.

Aunque segun afirma, mucha gente,
hoy el traje de este hombre estafalario
ha cambiado de forma solamente;

que uniforme es su traje necesario;
pero uniforme para su fastidio;
que en vez de palaciego es presidiario;

pues harto de aquel fausto que no envidio
has de saber que el pobre gana el cielo
haciendo penitencia... en un presidio.

Para lograr mejor tan santo anhelo,
pasa el verano sin tomar sorbete,
y sin zapatos la estacion del hielo.

Siendo un tiempo señor de alto copete
gastaba en el reló cadena de oro,
y hoy la lleva de hierro en el grillete.

Aquel que ántes bramaba como un toro

si olvidaban tratarle de Excelencia
consiente ya que le hablen sin decoro.

Para sufrir sus males con paciencia
dice que al buen callar le llaman Sancho,
pero no acaba aquí su penitencia :

él que ántes habitó local tan ancho
duerme hoy en un estrecho calabozo,
y en lugar de faisanes come rancho.

Diviértese de día, haciendo un trozo
de carretera nueva en las Castillas,
sin poder descansar porque hay un mozo,
ante el cual se hincan todos de rodillas
que en vez del tratamiento de Excelencia,
le dá con un garrote en las costillas.

¿Quién era el hombre aquel que una sen-
[tencia

mereció, condenándole iracundo
el destino á tan dura penitencia?

Voy á decirlo, á ver si te confundo,
Bonifacio; aquel hombre era el fullero
más parecido á tí que hay en el mundo.

Llegóse á averiguar que era extranjero
que lo mismo al contrario que al amigo
sacaba con engaño el dinero,

hasta que, viendo cerca su castigo,
emigró, por no verse avecindado
en la casa fatal de poco trigo.

Continuó en tierra extraña denodado,
pasando como tú pasas la vida,
es decir, á la estafa dedicado.

Hasta que, dando un juez con su guarida,

cogió un día infraganti al delincuente,
y le impuso la pena merecida.

Creo que he dicho ya lo suficiente;
si á atajar, Bonifacio, tu extravío
no basta una lección tan elocuente,
sigue en buen hora tu sendero impío;
pon en juego las fábulas que inventas,
gasta en falso papel de tinta un río :
enreda bien tus cuentos y tus cuentas,
ó al acreedor divierte con la gracia
de una de tantas quiebras fraudulentas.

Si á descubrirse llega tu falacia,
y aquellos que han perdido su dinero
te quieren perseguir con eficacia,
nada el honor te importe, majadero;
lo primero es la vida, cruza el Ponto,
y roba sin piedad al extranjero.

Cuando uno llegue á conocerte, pronto
te dará con la puerta en los hocicos,
pero hallarás al cabo más de un tonto,

(pues no suelen faltar entre los ricos)
que te haga el caldo gordo alucinado,
en vez de hacerte la cabeza añicos.

Hablo de algún tesoro... imaginado,
y sin ver que tus bienes son castillos
forjados en la mente de un malvado,
los hombres inespertos y sencillos
te ayudarán á descubrir la estrella
que venturosa alumbrá á muchos pillos.

No temas que te aparten de esa huella
los que amantes de zambra y diversiones

gocen contigo de ocasión tan bella.
Mientras haya en tu bolsa dos doblones,
borracho bailes, ó salvagé riñas,
necios habrá que admiren tus pasiones.

Y no te faltarán las socaliñas
de algún bribón que aplauda tus maldades
por tener una parte en tus rapiñas.

Haz en fin, Bonifacio, atrocidades;
mas sufre que la espesa catarata
te quite de los ojos; no te enfades.

Como que eres un mulo de reata,
no podrás mantener siempre el engaño...
y tarde ó pronto enseñaras la pata.

Te obligarán á remediar el daño
que has hecho con proezas, que no envidio,
así en tu patria como en suelo extraño;
y á fin de disipar ese fastidio
que tanta libertad debe cansarte
irás á ser esclavo en un presidio,

No vayas, Bonifacio, á figurarte
que estando de los tuyos en el foco
lucir harás de tu insolencia el arte.

Porque trabajes mucho y duermes poco,
te impondrán la sentencia castellana
que dice : á burro lerdo, arriero loco.

Quiero decir, que aunque te falte gana
para tomar las órdenes de cura,
te darán cada día una sotana.

¡Y esta vida infeliz, tan triste y dura,
prolongarse verás por tantos días...
que el presidio será tu sepultura !

Pero ¿ á qué gasto el tiempo en letanías ;
Tú no crees que el cotarro se alborote,
ni realizadas ver mis profecías.

Haz, pues, lo que tú quieras, monigote?
prosigue tus infamias olvidando
que hay un juez... un grillete... y un garrote,
y que te están de cerca amenazando.

JUAN TOMAS Y SALVANY.

ANTE EL VESUBIO.

¿Quién eres tú, coloso formidable,
que sobre el mar y la ciudad poblada
levantas, incansable,
tu cabeza irritada
de lavas y cenizas coronada ?
¿Que poderosa mano
ciñó á tu frente esa infernal diadema,
que todo cuanto toca abrasa y quema
como abrasó á Pompeya y á Herculano ?
Tú eras el mal, la destruccion, la muerte,
el aliento encendido del abismo,
la rabia de Satán, que ménos fuerte,
y envidioso de Dios y de sí mismo,
maldiciendo su suerte,
en pavesas los cármes convierte.
Mas no : perdona, si te insulto ciego;

no : tú eres el amor, porque eres fuego.
Tu roja cabellera,
tus entrañas hirvientes,
que palpitas, que sientes,
van demostrando á la creacion entera.
Acaso los amantes corazones,
las almas de delirios impregnadas,
del mundo en las revueltas oleadas,
cansados ya de suspirar en vano,
alzaron ese monte soberano ;
su fuego, su dolor, sus ilusiones,
en tu seno de lavas escondieron,
y tus alardes bárbaros abrieron
el compendio no más de sus pasiones.
Acaso tu ancha móle albrotada
de furores volcánicos preñada,
es la expresion amante
del pecho delirante ;
es la angustia terrible,
es el beso de amor inextinguible
que arroja por la esfera dilatada
la tierra, de ese sol enamorada.
¿Cuán soberbia tu móle se levanta !
El mar gime á tus pies, la ciudad tiembla
si mueves la garganta ;
impávido, pasar ves las edades,
serenatas te dán las tempestades,
su beso el huracan, su tál las nubes ;
crece á tus plantas más fecundo el suelo,
y al trono agreste, en que arrogante subes,
dá su dosel la inmensidad del cielo.

¿Rujes! no importa : tu furor salvaje
nunca á mi pecho infundirá su medio :
acaso más que tú, rugir yo puedo
y el tuyo acobardar con mi coraje.
Tú eres copia servil de mi grandeza,
tú los dolores míos acompañas,
tú, como yo, levantas la cabeza,
y tienes de granito la corteza,
de fuego y desgarradas las entrañas.
Alza á las nubes tu feroz bramido;
un torrente encendido
desde tus antros cavernosos brota,
abrasa la ciudad, el mar agota :
suelta en pavesas el vergel florido ;
bárbaro rompe el popular sosiego ;
vomita destrucción, siembra el espanto :
yo con tus lavas alzaré mi canto
y con mi fuego abrasaré tu fuego.
Si el corazón del pecho me arrancara
y en tus mismas entrañas le clavara,
del corazón la gigantesca hoguera
más que tu cráter de volcán ardiera.
Si la inmensa pasión del alma mía
quisiera avergonzar tu ardiente fama
y luchara mi llama con tu llama,
dudoso el triunfo entre los dos sería.
¡Qué digo!... de la humana fantasía
alarde de soberbia sempiterno,
que en humo y miedo la razón convierte :
mi fuego un día apagará la muerte,
y tú ; oh Vesubio! te alzarás eterno.

A MI MADRE

ENVIÁNDOLE UN ROSARIO ROMANO.

Triste, en italiana zona,
mirando hácia Barcelona
pensaba qué le daría
á la dulce madre mía,
que no fuera una corona.

Y abriendo el modesto erario,
á duras penas reunido,
madre, compré este rosario,
como emblema del calvario
que en tus hijos has tenido.

El los dolores imita
de tu alma sensible y buena ;
él tiene una cruz bendita,
las cuentas de malaquita
y dorada la cadena.

Símbolo de amor, por eso
lleva de oro el crucifijo,
y para más dulce exceso
cada cuenta tiene un beso
de los labios de tu hijo.

Corona que su alma envía
al alma que el sér le dió,
himno de paz y alegría,
bendícela, madre mía,
como la bendigo yo.

—
Cuando pases una gloria
tras las cuentas de ese lazo,
ella traerá á mi memoria
más de una infantil historia
aprendida en tu regazo.

—
Y la más pura oracion
dirá, con celeste modo
á mi amante corazon,
que tú eres mi religion,
mi gloria, mi fé, mi todo.

JULIO MONREAL

—
AFAN ETERNO.

Niña, mira mis antojos,
la vida gustoso diera,
si así sondaer pudiera
el abismo de tus ojos:
mas con ímpios cerrojos

de tus sedosas pestañas
tanto su secreto entrañas
y con tan tenaz porfia,
que á quien más su fondo espía
más fácilmente le engañas.

—
¿Es ese rayo sereno
que tu pupila extremece
esperanza que aparece,
ó mortífero veneno?
De acerbos dudas me lleno
cuando á mis ánsias respondo
que es tu mirada mar hondo,
y temo que me acaricie
espejo la superficie
y tumba inmensa su fondo.

—
Cuando miro su dulzura
y su purísimo halago,
huye el temor del estrago
ante un iris de ventura;
pero, si esto me asegura,
daño mi sino me advierte,
y recelo de esta suerte,
ver en su órbita divina
una copa diamantina
donde se bebe la muerte.

—
¡Ay, que á mi pesar sospecho
que, de toda traba franco,

vuelo cual la flecha al blanco,
hacia mi ruina derecho!
Absorbido, á mi despecho,
y no obstante á mi albedrío,
voy como la fuente al río,
hacia tí, que me repeles,
y busco que me consuèles
siendo tú el tormento mio.

Basta, basta de locura,
pero mira, aunque engañosa
que de abrasarse afanosa
vive el alma en tu luz pura:
placer hallo en la tortura
que el corazón por mitad,
dislacera sin piedad,
y quisiera revivir
para volver á morir
á impulsos de tu crueldad.

A UNOS LABIOS.

Un beso me diste, Inés,
y aunque fué no mas un beso,
aquel beso con exceso
tuve que pagar despues.

De modo que si meditas
lo que siempre haciendo vás,

no debes decir que das,
di mejor, Inés, que quitas.

Dádiva que otra gradúa,
para pedir con lisonja,
es, cual bizcocho de monja,
más que dádiva, ganzúa.

Y ya no me maravillo,
pues voy creyendo que son
tus lábios tirabuzon,
que sacan tras sí el bolsillo.

Aunque es verdad como el puño,
á lo ménos para tí,
que son más bien Potosí,
que manan oro de cuño.

Como á pedir te desmandes,
pasma en tus lábios risueños
cómo, siendo tan pequeños,
son en el pedir tan grandes.

Y viéndoles tan alerta,
cualquiera que son, diría,
cepillo de cofradía,
siempre con la boca abierta.

Mas que no lo son arguyó,
pues aquel, del bien en pos,
pide por amor de Dios,
y tú por el amor tuyo.

Tú, si una dádiva sueltas,
es como quien la alcabala
paga con moneda mala,
para llevarse las vueltas.

Y por tanto, en conclusion,

Inés, sólo te diré
que pidas que no te dé
y daré en la petición.

¡NIEVE!

Siempre con amante queja
mi pobre pecho intranquilo,
media noche era por filo
y llegaba yo á tu reja.

La nieve en copos caía
con mudo compás y lento,
cuando, con asombro, siento
que tu ventana se abría.

Y al ver tu faz, sin reproche,
asomarse al vidrio leve,
pensé que á licuar la nieve
salía el sol por la noche.

Niña, mi mal y mi bien,
dime cuando, por favor,
deshará un rayo de amor
la nieve de tu desdén.

A QUEVEDO.

SONETO.

Retozon inquilino del Parnaso,
de las nueve doncellas regocijo,

con traspillado númen y canijo,
á husmear tus laureles me propaso.

A coces y corcovos el Pegaso
me saque de coplero el entresijo,
pues con meollo huero y ruin alijo
no tus glorias celebro, las arraso.

Fuiste, burla burlando, azote fuerte,
cuya leccion en zumbas se divisa,
corrigiendo, á la par, qué nos divierte,
y poniendo á los vicios corlapisa,
todos por tí rieron, y á tu muerte
copioso llanto desató la risa.

EN PURA PLATA.

SONETO.

Un gato engarrafado en la nariz,
un hueso en la garganta de través,
un sombrero de callos en los piés,
y una sarna perrana por barniz;
un dolor en las muelas de raíz,
un divieso, y sin fin otros después,
fieras bascas de un mes y de otro mes,
un dogal con carlanca en la cerviz;
un baño en cueros vivos de alquitrán,
sinapizmazo en parte no común,
sentirse en el ombligo un alacrán,
estar de un cocodrillo en mancomún,
y vivir cual murió San Sebastián,
ese es el matrimonio y más aún.

LUIS EGUILAZ.

LA PERLA DEL BUEN-RETIRO.

BALADA.

Palacio del Buen-Retiro,
palacio del rey-poeta,
una niña te pregunta,
palacio galan, contesta.
¿De aquella córte
quién fué la perla?
El murmullo de un arroyo
que un sáuce besa,
como un suspiro
lejano suena:
— «; Reina inocente!
; Pobre Isabela!
Encantada está en mis aguas,
es una perla
que flota entre las flores
de mi ribera.
Ama á Felipe,
el la desdenea.
A ella tan linda!
A ella tan buena,
que era la musa
de los poetas!
Conde-Duque de Olivares,

maldito seas!
tú separas del olmo la débil yedra! •

Niñas hermosas,
lindas doncellas
las que ois serenatas
tras de las rejas,
Si algun galan os dice
• Cuanto sois bellas! •
contestad desdeñosas
• ¿Quién os creyera? •
No deis el alma
como Isabela,
que es gran encantamiento
querer de veras.

EL AROMO DE LAS FLORES.

De un jardin por la enramada
Solitaria y misteriosa,
Asidas las blancas manos
Iban dos niñas hermosas;
Alegre y viva la una,
Triste y pausada la otra.
Contando á la niña alegre
Vá la niña melancólica,
De rejas y serenatas
No sé qué reciente historia,
En que la palabra amor

Brotó de su dulce boca,
Sorprendida la inocente:
— ¿Qué es amor? — dijo curiosa.
— Esto, — repuso mostrándole
La triste dos blancas rosas,
Que al blando impulso del céfiro
Confundian sus aromas.

LUIS RIVERA.

PERLAS Y AVELLANAS.

CUENTO ORIENTAL.

Muley Hazem por el desierto cruza,
rojas las nubes son, fuego la arena
y muerto de hambre y de fatiga el moro
junto á una palma llega

Restas de una caravana errante
que por allí pasó, loco contempla,
y algo que alivie el torcedor del hambre
busca y no encuentra.

En torno gira los ardientes ojos,
descubre un saco, rápido lo observa
y creyendolo lleno de avellanas

á desatarlo empieza,

!Alá es grande! decía, y cuando el fruto
que él esperaba, por el suelo rueda,
exclamó con dolor: — ¡No hay avellanas!
¡solo son perlas!

SEPARACION.

¡Vas á partir! — Mi espíritu en el viento
camina en pos de ti,
y á tu espíritu dice entre las sombras,
— ¡No te olvides de mí!

¡Adios! ¿Por siempre? — Realidad ó sueño,
mujer ó aparicion,
donde quiera que estés, donde respires
tu aliento será yo.

Seré el rayo de luna que tu frente
ilumine al pasar,
y saldré por la noche entre el aroma
del espeso rosal.

El rumor de los bosques y del río
te llevará mi voz,
y en cada aguda nota del piano
oirás mi corazón.

Todas las formas tomará mi espíritu
para llegar á ti,
para decirte con callado acento :
— ¡Acuérdate de mí!

¡QUÉ RECUERDO LEONOR.

¡Era á la orilla del mar!
tú vivias en la fonda
adonde yo fui á parar,
y esta pasion singular
nació en la mesa redonda.

Me miraste, te miré;
yo te dije no se qué;
respondiste sonriendo
y dando fin á un bisté...
¡Parece que te estoy viendo!

Una veces destrenzada,
otras con lujo adornada,
siempre hermosa parecías
á mi alma enamorada...
¡Pero ¡Dios! cuánto comias!

¡No me dejabas vivir!
¡Qué modo de discurrir!
Era tu amor tan inmenso
que ahora, al recordarlo pienso

que no se puede escribir.

Aquello fué para visto;
porque siendo yo algo listo
y dándome tú en querer,
hubo la de Dios es Cristo
como suele suceder.

Y despues nos separamos,
y hubo despedida, ¿estamos?
y aquello de — « Siempre tuya. »
• Amor eterno. • — « Aleluya. »
y al mes, ya nos olvidamos.

¡Quién lo habia de decir!
¡Quién lo habia de pensar!
Ojos que te vieron ir
llorando á orillas del mar,
hoy frios te ven venir.

Fuiste unos dias mi gloria,
y yo guardo esta memoria,
que al fin de aventuras harto,
ésta es la única en mi historia
que no me ha costado un cuarto.

Si en tu soledad profano
llega un recuerdo liviano
y en tu cabeza se emboscá,

alza como yo la mano
y sacúdetes la mosca,

DOS MUERTOS.

El día de difuntos
se acerca niña,
no te olvides de hacerles
una visita.

Si un cementerio
buscas para rezarles,
hé aquí mi pecho.

En el primer difunto
verán tus ojos
del amor que te tuve
tristes despojos.
Pero á su lado
el que tú me tuviste
está enterrado.

ILUSIONES Y DESENGANOS.

Dejé mi pueblo, partí á la guerra,
soldado fui;
dejé mi novia, dejé mi tierra
¡y me lucí!

Tras una ausencia de más de un año
volví al lugar;
me acerqué al río y me di un baño
muy regular.

Corrí á su casa muy decidido
con un regalo:

• Vén, • dije á voces, ¡y su marido
me atizó un palo!

POR UNA SARDINA.

CUENTO.

El tío Tabardillo,
ciego que de pedir se mantenía,
á una taberna dirigióse un día,
y díjole en la puerta al lazarrillo:
— Entra; siempre nos dá la tía Tomasa
algo que manducar. — Entró el muchacho,
y al salir dijo al ciego: — No está en casa.
— ¿Y no te han dado nada?

— No.
— ¿Ni un cacho
de sardina?
— Tampoco.
— Pues yo creo
que hueles á sardina.

— ¡Yo?

— Sin duda
te la has comido. —

Y era cierto: el chico
quiso engañar al viejo, que tenía
el olfato muy fino; pero el viejo
zurrándole el pellejo
me hueles á sardina, le decia;
mas siguieron andando,
y al cruzar una calle,
el muchado travieso
guió tan mal al pobre Tabardillo,
que en la esquina de enfrente se dió un beso.
Airado, el ciego levantó el garrote;
mas el chico dió á huir, y desde lejos
le gritaba: — Tío Zote;
si olió usted la sardina,
¿Cómo asimismo no olió usted la esquina?

M. BRETON DE LOS HERREROS.

POESIA.

Si es verdad, mi dulce Flérída,
Que tu corazon angélico
Corresponde al fuego plácido
Con que te amo hasta los tuétanos
Sube conmigo á la góndola
Y, caminito de Arévalo.
De Madrid salgamos prófugos,

Que es pueblo dañino y pérvido.
Rápidos como la pólvora
Huyamos del vulgo tétrico
De poetillas misántropos,
Plañideres y epilépticos,
Que invocando al hondo Tártaro
Con chirridos de murciégalo,
Fulminan rudos apóstrofes
Contra el pobre humano género;
Que apénas pasiega bárbara
Los emancipa del cuévano,
Pesa la vida en sus vértebras
Como el Etna sobre Encélado.
Huyamos del Júdas íntimo
Que al amigo franco y crédulo
Prodiga falaces ósculos,
Y despues le quita el crédito.
No oigamos la necia cháchara
De aquel orador acéfalo
Que presume de Demóstenes
Y no sabe los pretéritos.
Un adios, y sea último,
A esa caterva de médicos
Que si visitan diez prójimos
Dan con los nueve en el féretro.
Fuego al proyectista trápala
A quien das el oro inédito,
Fiado en sus lindos cálculos
Que pintan seguro el exito,
Y luego figura pérdidas
En la bolsa ó en el piélagó,

Y sólo cobras en lágrimas
 El capital y los réditos.
 Maldición al vil hipócrita
 Que bajo exterior ascético
 Cubre la avaricia escuálida
 Con que despoja á los huérfanos!
 No más Madrid, que su atmósfera
 Impregnan vapores fétidos,
 Y es laberinto de crímenes
 Más confuso que el de Dédalo.
 ¿Qué importa á placeres frívolos
 Renunciar! Sin tanto estrépito
 Podemos vivir más prósperos
 En cualquier parte... en Cintruénigo,
 Bástanos cabaña rústica
 Bajo limpio sol benéfico.
 Donde nuestro amor sin límites
 Nunca desmaye decrépito;
 Y bajo los verdes árboles
 Oler de la rosa el pétalo,
 Y oír á la viuda tórtola
 Fiar sus quejas al céfiro;
 O á la mariposa aligera
 Perseguir con vano anhélito
 De la clavellina el pámpano
 Y del tomillo al orégano;
 Y así en ventura recíproca,
 Sin enemigos malévolos,
 Con serenidad de espíritu
 Llegar de la vida al término.

A ELVIRA EN SU ALBUM.

Pues mandas que yo lo estrene,
portero de tu álbum soy,
 que es al que está como estoy
 el empleo que conviene.

Y una portería es ganga
 para los viejos escualidos
 que se retiran inválidos
 del cuartel y la charanga.

Yo aquí al Parnaso moderno,
 ¡ay! abriré la mampara,
 pues tal suerte me depara
 mi catarro sempiterno.

De planton en el vestíbulo
 á muchos veré pasar
 con ofrendas á tu altar
 y aromas en el turíbulo.

Artículos de comercio
 que niega la suerte impía
 á quien ya cumplió, hija mía,
 el lustro décimotercio.

Y envidiando á más de dos
 su juventud y su lira,
 renegaré, bella Elvira,
 de mi reuma y de mi tos.

Mas ¿qué digo? Alto es mi medro
 con la honra no merecida
 de ser para ti, querida,
 le que para Dios San Pedro.

LOS DOS PADRES.

(TRADUCCION DEL ITALIANO.)

Padres los dos felices algun día
de dos hermosas vírgenes, al cielo
plugo arrancarlas del humano suelo
que tan sublime don no merecía.

Guarda á la tuya austera celosía,
candado eterno, religioso velo,
y á la antorcha imperial ¡ay desconsuelo
súbita muerte arrebató la mía!

Tú al ménos de su voz tierna y piadosa
el son puedes oír cabe el sagrado
inaccessible muro que la esconde;
yo al frío mármol, dó mi bien reposa
corro en amargas lágrimas bañado;
llamo, torno á llamar... ¡Nadie responde.

MANUEL CANETE.

AL CONDE DE SAN LUIS.

Hoy que el Pindo castellano,
para vos pródigo en flores
os dá los frutos mejores
del ingenio soberano,

dejad que la musa mía
bien que humilde, en ráudo vuelo
aspire á escalar el cielo
de la hermosa poesía;

y en vivíficos raudales
de luz que eterna fulgura,
donde calla la impostura
de los míseros mortales,
recibia la excelsa llama,
del cielo presente raro,
que triunfa del tiempo avaro
si el astro del vate inflama.

No con profano deseo
noble inspiracion codicio:
jamás al altar del vicio
la he de llevar por trofeo.

Quiero decir la virtud
de un impulso generoso;
que me dé su acento hermoso
la voz de la gratitud.

Y brame á tal voz la envidia,
que á sí misma se devora;
ruja calumnia traidora;
hiera cobarde perfidia.

De altos espíritus es
aspirar empresas altas,
y ver con dolor las faltas
de los que muerden sus piés.

Como en fresco Abril las rosas
do quieran nacen y crecen,
en nobles almas florecen

las pasiones generosas;
y á su templado fulgor,
que el cieno encubre y no apaga,
siempre se cura la llaga,
que abre villano rencor.

No los negros desengaños,
cuya ponzoña envenena
el alma sencilla y buena
que arde al soles de verdes años,

A tí, Señor que la cumbre
del poder jóven hollaste,
y al ingenio libertaste
de oprobiosa servidumbre,
te detengan sólo un hora
en mitad de tu camino,
como hiela al peregrino
la culebra silbadora.

Ni el mundo mires por lados
que inclinen á aborrecer:
gran peligro hay en creer
que sólo existen malvados.

Separa tu pensamiento
del ingrato y del traidor;
espera del gran valor
un gran agradecimiento.

No niegues misericordia
á humanas debilidades;
atizando enemistades,
mal se llega á la concordia.

Pero aleja tu esperanza
del que instable se mostró,

porque á muchos despeño
una ciega confianza.

Nunca te dejes caer
aunque adversidad lo quiera;
el alma que desespera
lejos está de vencer.

Ni en fatigosa inquietud
codicies prosperidad;
tambien es la adversidad
gran escuela de virtud.

Ella en su duro crisol
separa del barro el oro;
ella es de verdad tesoro;
sombra al malo, al bueno sol.

Premia al que en virtud florece,
no á quien alimenta el vicio;
es recibir beneficio
hacerlo á quien lo merece.

No te escueza vil ortiga
de calumnia criminal,
quien del bueno dice mal
á sí propio se castiga.

Si olvidas merecimientos
cura bien que te deshonoras,
que siempre de grandes honras
nacen grandes pensamientos.

Sé para el triste rocío;
no en su herida viertas hiél;
harto se agosta el laurel
en las sienas del impío.

Tú que al ilustre varon

estéril en los campos se derramaba;
porque del fácil triunfo tras los horrores
al contemplar en ella tintas sus manos
notaban con vergüenza que eran hermanos
del lidiador vencido los vencedores:

Como el canto de un ave triste y doliente
sofocado entre el ruido que alza el torrente;
como de hoja que rueda queja exhalada,
del viento desoida y al viento dada;
del campo de la lucha sobre la arena
que ensangrientan los génius de la discordia,
mientras la bala silva y el bronce truena
se alza una voz que clama: ¡Misericordia!

En la sombría falda del alto cerro,
Mónstruo que una corona ciñe de hierro,
Al pié de Mendizórrot, en enyo lomo
Se abre un volcan que arroja candente plomo
Hay una pobre choza, sencilla y blanca,
Nido de golondrina rústico y breve,
Cuya puerta, al herido soldado franca,
Jámas para cerrarse sus goznes mueve.

Campestres florecillas son el adorno
De la casita blanca de aquel contorno;
Nadie de sus linderos cerca transita
Que no bendiga el nombre del que la habita.
Y es, que desde que al viento se izó en
[España]

El estandarte negro de la discordia,
De la florida choza de la montaña
Sale la voz que clama: ¡Misericordia!

Pronto la paz ansiada llegar debía,
Y el triunfo era esperado que la traeria.
¡Ya se acerca la hora! Ya el bronce estalla,
Ya cemiienza la ruda final batalla.

Ya en guerrilla despliegan los batallones
Al clamor estridente de la corneta,
Y marchan al galope los escuadrones
Del monte por la abrupta pendiente escueta,
¡Ay de las pobres madres que en las
[montañas]

Tienen los pedacitos de sus entrañas!...
Ay de la dulce novia que amante espera
Unirse al que su mano le prometiera!...
¡No volverán... De saña su seno henchido,
Ebrios con los vapores de la discordia
Van á morir, sin que antes llegué á su oído
Ese acento que clama: ¡Misericordia!

En la chocita blanca del monte inculto,
Donde á la pátria rinda sagrado culto,
Del amor de sus hijos al dulce amparo,
Vive VULCAN, el tierno poeta euskaro.
Allí fué donde, alegre, cantó otros dias
Del hogar los encantos y los amores,
De los campestres bailes las armonías,
De *Conchesi* los ojos fascinadores.

Allí donde abrasarse sintió en la llama,
Destello de los cielos, que al poeta inflama;
Allí donde su nùmen fluyó sonoro
Cascadas de poesia de ritmo de oro.

Mas, muerta la ventura por que suspira,
Sepultado en la hoguera de la discordia,
Ya no tiene mas cantos su blanda lira
Que una plegaria eterna : ¡Misericordia!

Cataratas de sangre precipitadas
Ruedan de los oteros á las cañadas,
Y desde las cañadas á los oteros
Suelto vapores rojos trepan ligeros.
Como un antro la tierra se abre sombría,
Como una forja el cielo rayos desata,
Hiere como una espada la luz del dia,
El aire como fuego calcina y mata.

« ¡Otra vez á la puerta de mi vivienda
Ruge la maldecida civil contienda!
Venid y orad conmigo mis pobres niños;
¡Dios acepta y comprende vuestros cariños!
Ved, comienza de nuevo la horrible lucha;
Suena otra vez el grito de la discordia.
¡Orad por los que quedan! ¡Dios, que os
[escucha,
Tendrá de los que mueren misericordia! »

Dijo VILINCH, y ronco, del negro fuerte
Cantando por los aires himnos de muerte,
Un proyectil avanza que hunde la choza
Y al misero poeta hiere y destroza.
Aquella bala el triunfo por fin decide,
El sol de la victoria refulge santo
Y el vencedor, tranquilo, los lauros pide

Que el vencido insepulto regó con llanto!
¡Guerra civil funesta! Deidad impía
A cuyo espectro áun tiembla la patria mia!
Castigo de los hombres y las ideas,
Pues no respetas nada, ¡maldita seas!
Tú de VILINCH las quejas has desoido
En que de tí imploraba paz y concordia
Ya que del pobre vate no la has tenido,
¡Nadie te tenga nunca misericordia!

LA IGLESIA FRIA.

TRADUCCION DEL GALLEGO (1).

Aun hoy sobre el llano,
del monte en el medio,
levántase altivo,
hidrópico y negro
cual cadáver de muerto hipopótamo,
de lepra cubierto,
rodeado de musgos y gramas
el torso deforme de viejo convento.

(1) Publicado recientemente el libro *Aires d'a mi-
ña terra* del Sr. Curros y Enriquez, no hemos podido
resistir al deseo de incluir en la presente coleccion es-
ta y la siguiente poesia, con la esperanza de que, á
pesar de lo mucho que nuestra traduccion castellana
las ha hecho perder, puedan dar una idea de las mu-
chas bellezas que el libro encierra,

A. R. Chaves.

Sus ya corroidas
agujas de hierro,
quejarse parecen
del paso del tiempo;
y de léjos, sombrías é inmóviles
semejant los dedos
de una mano gigante que busca
el rayo que tarda de la ira del cielo.

De la alta campana
pesada cayendo,
la fuerte cadena
con triste ciembreo,
cuando inquieto, al caer de la tarde
azótala el viento,
una sierpe parece encantada
que guarda las ruinas silbando y gruñendo.

Cuchillo en la mano,
de punta el cabello,
y en sangre teñido
de pobres viajeros,
hubo un tiempo en que amparo y asilo
halló en el convento
el bandido feroz que los frailes
que á Praga quemaban, en salvo pusieron.

De monje vestido
como ellos, el reo
pasó en un día mismo

á santo; de réprobo,
y del cuello que el hacha del rollo
estaba pidiendo,
la polilla salió que excomulgó
á Colon el audaz navegante, y al gran Galileo.

Doncellas forzadas,
pobres sin sustento,
pedian en tanto
amparo y remedio;
y la ley, del horror y del crime
hambriento escudero,
del sagrado á la puerta quedaba
de rabia y de cólera los dientes crujiendo.

En mis solitarios,
nocturnos paseos,
sucédeme á veces
llegar al convento;
y al fulgor de la pálida luna
parece que veo
una negra vision, que en las ruinas
qué tiempos! me dice, y digo: ¡qué tiempos!

¡AY!...

(TRADUCCION DEL GALLEGO.)

¿Cómo fué?... — Me encontrabayo ausente

y las negras vruelas le dieron;
avisóme su madre enseguida
y vine corriendo.

—
¡Angel mio! Sintiendo mis pasos,
anhelante hácia mí volvió el rostro.
Me miró y no me vió,.. Ya no habia
ni luz en sus ojos.

—
No me acuerdo del tiempo que estuve
con mi llanto su cuna regando;
sólo sé que me alcé con mi niño
sin vida en los brazos. —

—
Golondrina de pluma azulada
que en mi alero dejaste tu nido,
pues por él me preguntas, ya sabes
que fué de mi niño.

—
MANUEL F. Y GONZALEZ.

—
A. S. M. LA REINA DONA ISABEL II

Charitas non est ambitiosa;
non quærit quæ sua sunt.
San Pablo á los Corintios,
XIII.

Impulsos del corazon
Tráenme, señora, á tus piés.
¡Ah! No temas; que no es.

Mi pecado la ambicion.

Yo soy un alma apenada
Que solitaria camina,
Querellosa y peregrina
De otra parte desterrada.

Como el ave y como el viento
Raudo giro, libre canto,
Hasta los cielos levanto
El ansioso pensamiento.

Y aspiro en la inmensidad.
Tranquilo, dichoso, ufano,
El aliento soberano
De Dios, Patria y Libertad.

La libertad, santa idea
Que Jesús llevó al Calvario
No es el númen sanguinario
Que agita nefanda tea.

No es la lez de los que oprimen
A tristes de débil pecho,
Ni al miserable derecho
Conquistado por el crimen,

La fé, la fraternidad,
El amor y la esperanza
Son en próvida alianza
Fuentes de la libertad.

Por eso apuro sediento
De sus linfas la dulzura,
Y libre vivo en la pura
Espansion del sentimiento.

Deja, ¡oh Reina! qué un instante
Llegue á tus plantas gozoso